

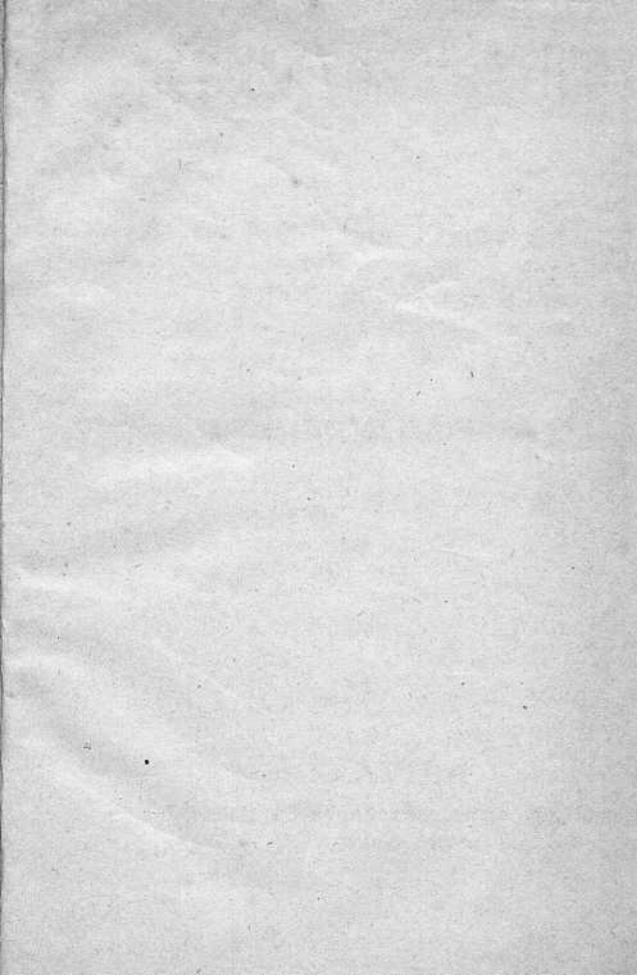
78.

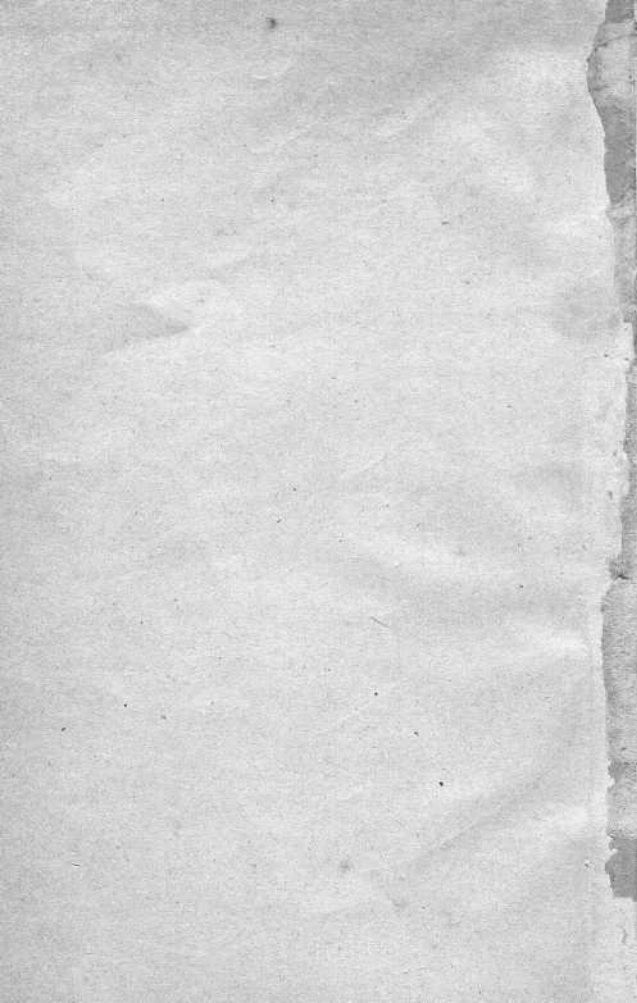
Y.A.
MS











ENSAYOS POÉTICOS

DE

D. MANUEL DE ARCAYA,

DOCTOR EN CIENCIAS

Y

CATEDRÁTICO DEL INSTITUTO DE ÁVILA.



ÁVILA.

Librería y Encuadernación de José García,
Comercio, núm. 9.

—
1877.

Es propiedad del autor, cuya
rúbrica llevan todos los ejem-
plares, y quien persiguirá ante
la ley al que lo reimprima en
todo ó en parte sin su consen-
timiento.

Se publica con la licencia é informe eclesiástico.

ESTABLECIMIENTOS TIPOGRÁFICOS DE M. MINUESA,
Juanelo 19, y Ronda de Embajadores.

Á MI QUERIDO TIO

D. JUAN RAMON DE ANZIZU.

A nadie mejor que á tí, que dirigiste los primeros pasos de mi vida por la senda del deber, puede dedicar este pálido bosquejo de los afectos de su alma,

TU SOBRINO,

El Autor,

A mi querido amigo
D. Eusebio Sanchez co-
no cariñoso recuerdo

El autor



PRÓLOGO.

Jamás he abrigado la pretension de ser poeta; pero una aficion extraordinaria á la poesía ha traído á mis manos las tiernas obras de mi querido amigo y paisano D. Antonio Trueba, y será una debilidad acaso, mas no tengo inconveniente en confesar que repetidas veces han hecho deslizarse por mis mejillas dulces lágrimas, que habrán ido á presentar el óbolo tan pequeño como expresivo de los afectos de mi alma, á mi religion, á mi pátria y á mi hogar.

Quizás, en un entusiasmo no disculpable, he tenido el atrevimiento de trasladar al papel los sentimientos de mi corazon; pero nunca con la exigencia de que pudieran ver la luz pública producciones, cuya falta de mérito soy el primero en reconocer.

Esto no obstante, incitado primero y obligado despues por apreciables amigos, he saltado la valla de la timidez, para decidirme á publicar estos *Ensayos poéticos*, siempre con el temor de que no sean dignos del público, á cuyas manos lleguen.

Una sola disculpa puede darles cabida en la prensa. Mi único objeto es infiltrar en los tiernos corazones de la inocente niñez las más cariñosas emociones del alma, los más deleitosos goces del corazon, las más sublimes máximas del dogma católico.

Si tal logro, y si el público acoje con benevolencia mi pobre trabajo, más por el objeto que encierra, que por la forma que reviste, se habrán cumplido todas mis aspiraciones.

EL AUTOR.

Avila 24 de Febrero de 1877.

INVOCACION Á SANTA TERESA.

Teresa, blanca paloma,
que en el Carmelo te albergas
alegrando con tu arrullo
sus frondosas arboledas;
Teresa, mujer sublime,
Teresa, monja modesta,
que encerrada en el olvido
por las paredes estrechas
del convento, lamentabas
de tu amor las impaciencias;
Teresa, dulce escritora
de las páginas más tiernas;
Teresa, cándida vírgen
y fugitiva gacela,

que huyendo del mundo loco,
libre cruzaste las selvas
de la virtud, dando al viento
de tu puro amor las penas;
vivo en tu patria, y te amo;
leo tus obras, me apresan;
entro en tu casa, me humillo;
y cuando miro las rejas,
que dejaron escapar
de tus labios las endechas,
yo no sé lo que me pasa,
pero mi alma toda entera
corre en tu busca á decirte
«te quiero mucho, Teresa.»
Dulce afan de mis afanes,
bálsamo de mis querellas,
aliento del alma mia,
inspírame, porque pueda
expresar en toscos rasgos
mi pobre pluma inexperta
los más dulces sentimientos,
las afecciones más bellas,

que la ley del Dios de paz
en sus renglones encierra.
¡Ah, sí! tú me inspirarás,
me inspirarás cuando sepas
que dedico el primer fruto
de mi pobre inteligencia
á los inocentes niños
en cuyas almas tan tiernas
ansío ver estampadas
las verdades, que embelesan:
el amor á Jehová,
que las cria y las alienta;
el cariño hácia sus madres,
que se desviven por ellas;
caridad, que á todos ligue
con las más dulces cadenas.
Esposa del Dios de paz,
pura y misteriosa estrella,
tú, que eres mi amor, mi gloria
y que mi vida recreas,
tiende tu vista hácia mí;
dame inspiracion, Teresa.

EN EL CEMENTERIO.

¿Cuál es el fatal secreto
que, en este triste lugar
del pasado,
me retiene tan sujeto,
y no me deja marchar
á otro lado?

¿Por qué mis pasos inciertos
se dirigen temblorosos
á la huida,
y me detienen los muertos
diciéndome silenciosos:
«no hay salida?»

Es que la humana fortuna,
en el mundo, sin criterio
vacilando,
no vé que desde la cuna
vá pausada al cementerio
caminando.

Es que las mil liviandades,
que del mundo en el gozar
enloquecen,
no entran á estas soledades;
y, cuando tienen que entrar,
enmudecen.

Es que el pecado, que astuto
sabe el deber eludir
con su enredo,
en esta mansion de luto
solo se atreve á decir:
«¡tengo miedo!»

Es que nuestros convecinos,
los que á lúbricas orgías

nos llevaron,
dieron fin á sus destinos,
y estas sepulturas frias
ocuparon.

Lucen en el mundo alhajas;
y van sedas orientales
por los lodos;
aquí se visten mortajas
tan sencillas como iguales
para todos.

Allí palacios se ostentan,
en que rico jaspe cierra
régio nido;
aquí todos se contentan
con un puñado de tierra
del olvido.

Allí cantan vanidad
los pueriles desaciertos
y el ultraje;

aquí dicen la verdad:
¡qué, callando, hablan los muertos
su lenguaje!

Por eso escuchó mi mente,
al ir desde estas mansiones
á la vida,
la voz que dijo: «detente,
que en estas santas prisiones
no hay salida »

Aquí la voz del destino
dá misteriosa aldabada
al decir:
«vas corriendo tu camino;
y á ver presto tu jornada
concluir!

A estas mansiones heladas,
tu existencia concluida,
te traerán;
y estas tumbas tan calladas,

que *tras de esta hay otra vida,*
te dirán.»



LA VIDA.

Cuando la niñez nos mece,
¡qué bello es el panorama
que en torno nuestro se ofrece!
Todo hermoso nos parece,
todo ventura derrama.

Y, aunque arrebate la muerte
el bien con que el hombre sueña,
esto la niñez no advierte:

un juguete la divierte;
¡es la vida tan risueña!

Mas luego el tiempo á empellones
nos empuja en nuestra vida;
y llegan las ilusiones,
y al hombre en sus pretensiones
le es la tierra reducida.

Que en los ya viriles años
á mil empresas se lanza
por los suelos más extraños;
mas vienen los desengaños
y disipan la esperanza.

Y el tiempo sigue empujando,
y á la vejez nos destierra;
y va el hombre atrás mirando,
poco á poco penetrando
las mentiras de la tierra.

Y ya entonces asegura,
al ver la verdad sin velo,

que encuentra la criatura
descanso en la sepultura,
felicidad en el cielo!!!



NIEVE Y VENTURA.

Cual la nieve al descender
en sueltos copos, que ondean,
y leves se balancean
vacilando á do caer,

Al posarse silenciosa
sobre la yerta llanura,
ofreciendo en su blancura
alba capa misteriosa,

Es barrida con furor
por huracanado viento,
que deshace en un momento
tanta belleza y candor;

De tal modo las pasiones,
rugiendo en torno del alma,
le arrebatan con la calma
las más dulces ilusiones;

Y á su influencia maldita
la blancura se ennegrece,
el candor se desvanece,
la inocencia se marchita;

Y cual la nieve, que huyó,
se disipa la ventura:
porque el gozo solo dura
lo que la virtud duró.

A MI QUERIDO AMIGO D. LEONCIO CID
Y FARPON.

Me escribes, Leoncio del alma,
como amigo consecuente,
preguntando lo que siente
mi quebrado corazon;
y aunque raro te parezca,
teniendo yo pocos años,
sabe que los desengaños
han matado mi ilusion.

En los más tiernos albores
de la pobre vida mia,
en el mundo yo veia
todo de rosa al través;

pero el tiempo, en su dureza,
me ha dicho con voz helada:
«De la ilusion á la nada
muy corto el camino es.»

Y tiene razon, sí, sí:
hoy admiro su consejo,
que, aunque jóven, soy ya viejo;
y por mi fatalidad,
miro que el mundo demente
en torno del placer gira,
sin ver que todo es mentira,
todo engaño, falsedad.

Mentira el amor, que arranca
de la virtud el tesoro;
mentira sus redes de oro;
mentira su frenesí;
mentira el bien que nos pinta,
y mentirá su arrogancia;
y mentira su constancia,
y todo mentira, sí.

Y mentira la amistad,
que fiel cariño asegura;
mentira la fé que jura,
cuando esta fé no va en pos
del santo lazo, que liga
á una hermana con su hermana:
la fé con la uncion cristiana,
con el mandato de Dios.

Mentira del usurero
la artificiosa largueza,
que al socorrer la pobreza
devora del pobre el pan;
olvidando que algun dia,
ante su trono, el Señor
le ha de decir: «Pecador,
tus larguezas, ¿dónde están?»

Mentira tambien las ciencias
que el corazon envenenan;
los bienes que le encadenan
en una fatal prision;

que el corazon, que mezquino,
 ante la pasion se abate,
 y por su hermano no late,
 ese.... ya no es corazon!

Y si todo en este mundo
 es mentira, error, quimera;
 en la terrenal carrera
 ¿quién salva nuestro bajel?
 ¡Ah! sí: que allá en el Oriente
 clara estrella se vislumbra:
 la Cruz que todo lo alumbrá;
 la Cruz del Dios de Israel.

El corazon, prisionado
 por el Dios escarnecido,
 suspira en cada latido
 un cántico á la virtud:
 y el cielo de nuestra vida
 aparece tan sereno,
 que donde hubo malo hay bueno,
 y donde tinieblas, luz.

Por esto, mi amigo Cid,
tu buena amistad me encanta:
la alumbra la antorcha santa
que en el Gólgota brotó.
No importa que el siglo loco
mire en mi fé un desvarío;
con llamarte amigo mio
mucho me envanezco yo.

Este es el cuadro, aunque ingrato,
que ofrece el mundo á mi vista:
si mi carta te contrista,
debes en cuenta tener,
que, por más que á cantar males
nunca he sido aficionado,
mi lenguaje es motivado
por desengaños de ayer.

Vitoria 1.º de Enero de 1877.



Á LAS NIÑAS

MICAELA, CAROLINA Y MARÍA CANO.

**Inocencia y Desengaño.**

Al dejar el ruiseñor
el blando y oculto nido,
en que el paternal amor
le dió alimento y calor,
y el aura manso rüido,

Vé, sediento de ilusiones,
desde el nido, en sus orillas,
las flores y sus botones,
los arroyos juguetones,
y pintadas avecillas;

Y el verde campo sembrado
de mil gotas de rocío ;
y el cielo tornasolado ;
y un bosquecillo apartado,
en una tarde de estío.

Agitado é impaciente,
sus patitas colocando
en el borde, abre inocente
sus alas, y en el ambiente
se precipita volando.

El arroyo sonoro
música le da al oído,
los árboles fresco umbroso,
néctar la flor, y mimoso
es por el viento mecido.

Mas cuando con loco afán
con las flores se divierte,
en lo alto ve un gavilan,
que con feroz ademan,
sus diversiones advierte.

Y el ruiseñor aterrado,
corre ciego y confundido
de un lado para otro lado;
pero está tan asustado
que no acierta á hallar el nido.

La rapáz se fija en él;
se desploma en su impaciencia;
sus garras ceba cruel
en el pájaro novel,
y acaba con su inocencia.

¡Adios, nido en que nací!
¡adios, arroyo! ¡adios, flores!
¡todo acabó para mí,
porque imprudente no ví
tras el gozo los dolores!

Niñas, de vuestra alma pura
mirándome en el espejo,
os adoré con ternura,
y del ave la amargura
os conté, como un consejo.

Sois cándidos ruseñores;
la virtud es vuestro nido;
el mundo falaz las flores:
¡acordaos que hay dolores
que el ruseñor dió al olvido!

Con engañoso oropel,
velando su sér fugaz,
os brinda el mundo su miel;
mas no olvideis que sobre él
hay siempre un ave rapaz.



PENSAMIENTOS.



Llamo á voces á la muerte
para que mate mi amor:
¡que es mi martirio el quererte!
Pero si dejo de verte,
mi pena será mayor.



Fuera yo ciego al no ver
que en el mundo engañador
se llora desde el nacer;
y si se goza un placer,
es á costa de un dolor.



Una lágrima pidió
mi alma á tus ojos serenos....

pero no la viertas, no;
porque, al ser tu dueño yo,
la he de hallar en tí de menos.

El nacimiento y la muerte
para los pobres humanos,
son los puntos más lejanos
que les señala la suerte;
mas la reflexion advierte,
á muy poco discurrir,
que el mundo loco al bullir
no nos deja comprender
que en esta vida, el nacer,
es comenzar á morir.



EPÍGRAMAS.



Se casó don Manuel con doña Ana,
aunque no la queria;
pues si bien era fea y anciana,
muy gran caudal tenia.



Ella á poco murió; la hereda él:
y la jóven Pilar,
aunque tiene aversion á don Manuel,
vá con él al altar.

De esta historia, yo creo que se infiere,
que aquel que á hierro mata, á hierro muere.



Tuvo Inés tal frenesí
por las horquillas de acero,

que yo, siempre que la ví,
noté su cabeza *á-cero*.

Cayó Gil á un lodazal,
y se metió hasta el zancajo;
pero fué lo original
que le ocurrió al pobre el mal
de quedarse boca abajo.

EPITAFIOS.

Yace aquí, bajo esta losa,
el cómico Juan Sendejas,
que un atraeon de lentejas
se dió, á falta de otra cosa.

Un curial de gran saber
descansa en este agujero:
solo siente en él yacer,

por no poderle poner
un pleito al sepulturero.

Yace aquí el pobre Pascual,
que á la muerte de su esposa,
vivo se enterró en la fosa,
y eso que la quiso mal.
No hay nada de original
en su determinacion,
pues al pobre, en su afliccion,
le puso la suerte negra
entre la tumba y la suegra,
y... ¡no hay duda en la eleccion!

Yace aquí un procurador,
que, por dar con todo el mundo,
dió con el enterrador.

El pretendiente Tadeo,
cansado de gestionar,
se ha decidido á esperar
en esta fosa su empleo.

La muerte un día riñó
 con un maton andaluz;
 ella vencida escapó,
 pero el otro la siguió,
 y la halló en este ataud.



D O L O R A .



El saludo.

(En alta voz.)

- Adios, hermosa Elisea.
- Adios, perspicaz Gabriel.

(En voz baja.)

- No he visto mujer más fea.
- No he visto burro como él.

LETRILLA.

—

*A honores y amor prefiero
una pierna de carnero.*

—

En creciente agitacion,
políticos hambrentones
busquen en las elecciones
un pedazo de turrón;
mientras yo aquí, en mi rincón,
á sus intrigas prefiero
una pierna de carnero.

—

Luzcan los grandes señores
en paseos y palacios
esmeraldas y topacios...

para tapar sus rencores;
que yo opongo á los rigores
del invierno crudo y fiero
una pierna de carnero.

Llevando bandera enhiesta
el militar se abalance,
y le haga en el rudo avance
alguna bala una fiesta;
que yo creo que más presta
que el mirto y laurel guerrero
una pierna de carnero.

La dama elegante y fina,
de color amarillento,
lea novelas sin cuento,
y quiera tomar morfina;
mientras yo aquí, en mi cocina,
cómo, al calor del brasero,
una pierna de carnero.

Y aquel galán que la flecha,
vaya por tarde y mañana

con pantalon de campana
y con bota muy estrecha,
que le dará una cosecha
de callos, que yo más quiero
una pierna de carnero.

—

En fin, que cada mortal
satisfaga sus caprichos;
que yo, con mis pobres dichos
á nadie le causo mal;
y en mi vida original
lo hace todo llevadero
una pierna de carnero.



AL RUISEÑOR.

—

Pajarillo,
que al tomillo
robas hojas
y le enojas,
¿sus quejidos
doloridos
por qué no quieres calmar?

Y á los celos
de arroyuelos,
que te siguen
y persiguen
con rodeos
y serpeos,
¿no les brindas un cantar?

Y la rosa,
que olorosa
á tí envía
su ambrosía,
cuando llora
tu canora
lengua harpada en dulce son;

Y á los vientos,
que contentos
te rodean,
balancean,
y traviesos
te dan besos;
¿no les das una canción?

¡Ah! mi pena
se serena
cuando siento
que tu acento
dice: «espera;»
si tal diera,
para tí, ¿qué guardo yó?

LA CITA.

—

Marta, la más bella
de las mil serranas
que los valles corren
de la tierra vasca,
junto á un arroyuelo,
bajo una enramada,
mira al verde bosque,
la cabeza baja;
da un suspiro al aire
y una perla al agua;
que afligida y triste
llora la aldeana;
y entre sus sollozos

dice: «no me ama:
no, ya no me quiere.»
Cuando á sus espaldas
gime un pajarillo,
quejas muy amargas,
y á quien ella misma
aquella mañana,
al robarle el nido,
le ha robado el alma.
Tan sentidas quejas
la avecilla lanza,
que hacen que recuerde
la inocente Marta
que el capricho que ella
tuvo á la mañana,
le ha robado al ave
con el nido el alma.
«No, no des al viento
ayes, con que amarga
tu dolor el mio,
dijo la serrana.
¿Cómo, si he robado,

he de hallar yo calma?»

Y por arboleda

presurosa escapa,

y á muy poco vuelve

conduciendo ufana

un sencillo nido,

inocente cama

de unos pajarillos,

que su mano halaga.

Llega cuidadosa,

y en las verdes ramas

deposita el nido,

y al arroyo baja,

viendo con sorpresa,

que en las puras aguas

de su claro espejo,

dulce se retrata

la querida imágen

de quien ella aguarda.

Ya no gime el ave,

ya no llora Marta:

trina el avecilla,

rie la serrana,
mírala su Pedro,
y el arrollo salta;
porque la ternura,
de la niña vasca,
al volver al ave
su perdida calma,
hizo, que del cielo
plácida bajara
por el aire puro
bendicion sagrada
sobre los amores
del pastor y Marta.



A MI AMIGA LA SR^{TA}. FRANCISCA BLASI.

LAS CAMPANAS.

MADRIGAL.

Es la mañana:
rie la aurora,
cantan las aves,
llega el sol ya;
y allí en la Ermita
llora una niña
que el sacerdote
va á bautizar;
y saludando
la flor que nace,
corren el valle

acá y allá,
puros sonidos
de las campanas
que alegres dicen:
din-din, din-dán.

Es medio día:
va hácia la Ermita
linda pastora
con puro afan;
la sigue un jóven
que la vió niña
y que su esposa
la ha de llamar;
y porque sepan
los aldeanos
que la pastora
su mano dá,
dando mil vueltas
hoy las campanas,
dicen alegres:
din-din, din-dán.

Es una tarde
de crudo invierno:
ruge furioso
el huracan;
pañó mortuorio
viste la Ermita;
lúgubres cantos
se oyen sonar.
Es que la linda
bella pastora,
há tiempo alegre,
no existe ya;
y las campanas
doblan por ella,
tristes diciendo:
din-dón, din-dán.



A MI CASA NATAL.



Entre los montes de Vasconia hermosa,
donde lozanos los helechos tapan
verdes alfombras, que los cerros visten,
hay una casa:

Pobres paredes su ventura cierran,
huerto cercado sus delicias labra,
fuente sencilla con arrullo blando
trovas la canta.

Era una noche de apacible ambiente;
blanca la luna, en el azul clavada,
pálidos rayos, que medrosos llegan,
tímida lanza,

Cuando en el lecho de mi pobre madre,
acompañado de las suaves auras,
tristes lamentos por salir al mundo
yo suspiraba.

Rápido el tiempo sin cesar corría;
yo era ya niño, y en pueriles mañas
siempre jugando en los albergues dulces
de mi morada,

¡Cuántas delicias encontré doquiera!
¡cuántas dulzuras, que mi vida halagan!
¡cuántos amores, que el mentido mundo
rie en su saña!

Yo, que en las tardes del verano hermoso,
bajo las sombras de copudas hayas,
libre corría por los verdes prados
de mis montañas;

Yo, que calmé del estival sofoco
el seco ardor en cristalinas aguas,

que por los caños de sencilla fuente
corren tan claras;

Yo, que en el huerto del cercado mio
viendo asomarse por doquier manzanas,
guindas y peras, con afan comia
frutas tan blandas;

Yo, que si acaso en infantiles juegos,
al verme preso en espinosas matas,
siempre á mi lado por calmar mi lloro
mi madre hallaba;

¡Cuánto me acuerdo de mi humilde choza!
¡cuánto me acuerdo de mi pobre casa!
¡cuánto me acuerdo de mi pobre madre!
¡¡madre del alma!!

Dulce mansion, que mi niñez meciste,
por más que el mundo de tu bien me aparta,
y solo deja del eden perdido
sombra velada,

El alma mia, de recuerdos llena,
en tí tan solo su ventura aguarda,
y vive alegre; que de verte un día
tiene esperanza.



A LA LUNA.



Astro misterioso
de noche callada
que tímido asomas
allá en las montañas,
y lento, muy lento,
cauteloso avanzas
entre las estrellas,
de que está sembrada
del cóncavo cielo

la estendida capa;
¿por qué con las nubes
á veces te tapas,
y á muy poco luego
asomas la cara,
y despues te ocultas
y luego adelantas?
¡Ah ya, ya comprendo!
los rayos de plata,
que tímido envías
en hebras delgadas,
llegan cuidadosos
á la cuna blanca
de una hermosa niña,
que ha un momento acaba
de venir al mundo,
y ténues se paran
en sus negros ojos
cual nuncios, que bajan
desde el trono excelso
de la Virgen santa
á decirla «Salve:

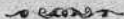
la Madre preclara
del Dios de los mundos,
desde su morada,
te mira, sonrie,
te quiere, te llama
y dice, «Hija mia,
bella cual el alba,
que en la primavera
lucen las mañanas,
sé buena, sé dulce,
sé pura, sé casta.»

Entonces, ¡ó luna!
asomas tu cara:

Pero hay otras veces,
en que tu luz vaga
medrosa se pierde
en las puras capas
de las leves brisas,
que gimen y escapan
cruzando ligeras
una pobre casa,
bajo cuyo techo

en rústica cama
postrado un anciano
de frente tostada,
de manos convulsas,
de cabeza blanca
y cárdenos labios,
moribundo exhala
los últimos ayes,
que su pecho lanza,
dejando á la vida
que lenta se apaga:
entonces ocultas
tu rostro de nácar
entre los vellones
de las nubes albas,
vistiendo candores
en sus puras gasas;
y allí en impaciencia
y medrosa aguardas
el próximo instante,
en que se desata
el pobre anciano

de carnales trabas,
y con él y bellos
ángeles escapas,
cruzando el espacio,
llegando á las gradas
del trono supremo
del Dios de las almas.
Por eso; por eso,
vacilante lámpara,
suspensa en el cielo,
á veces te tapas,
y á veces asomas
tu pálida cara.



AMOR DE MADRE.



Duerme, duerme dichoso;
que aunque mis lábios á tu boca llevo,
ángel mio amoroso,
en mi afán anheloso
te quiero dar un beso, y no me atrevo.

Que si te despertara
por libar de tus lábios dulce esencia,
¡mi bien! me contristára,
si un momento turbara
los sueños de tu cándida inocencia.

¿No es verdad, hijo mio,
que sueñas infantiles diversiones,
sin ver, flor del estío,

el desengaño frio
que en el mundo preparan las pasiones?

¡Ah, sí! que yo te miro,
y en tu rostro el candor distingo impreso,
y no sé si deliro,
pero lanzo un suspiro:
¿te doy ó no te doy, por fin, el beso?

¡Sonries! é inocente
que me le pides, en tu sueño advierto...
verás qué dulcemente
yo sellaré tu frente;
¡ay hijo! ¿y si al besarte te despierto?

No quiero, no, mi vida,
porque pueden mis lábios marchitarte;
que mi alma enloquecida,
la rosa desleida
en tu pura mejilla va á robarte.

¿Quién tiene, mi tesoro,
ojos tan grandes, negros y brillantes

cual el bien que yo adoro?
ni ¿quién sus rizos de oro,
y por dientes hileras de diamantes?

¿Quién tu sonrisa pura,
cual la tienen los bellos serafines...
y en su hálito dulzura,
cual aura, que murmura
en las tardes de estío en los jardines?

Angel mio adorado,
¡si no puedo vivir yo sin mirarte!
verás con qué cuidado...
solo un beso en un lado:
no temas, que no voy á despertarte.

¿En dónde? aquí, aquí:
en tu boca de miel, que se entreabre...
¡Ay! que ya te le dí.
Perdona, mi bien, sí;
que no fuí yo, fué el alma de tu madre.

¡HIJO, ADIOS!

Hijo, que aun hace un momento
me llamabas, ¿dónde habitas,
hijo mio?
reías, y ahora siento
al tocar tus manecitas
glacial frio.

¿Dónde están los negros ojos
con los cuales me mirabas
dulcemente?
¿Dónde están los labios rojos
con los cuales me besabas
en la frente?

¿Dónde aquella dulce boca
 que ya el nombre de María
 balbuceaba,
 cuando yo de gozo loca
 en más venturoso día
 te enseñaba?

¿Dónde el inocente abrazo
 que me dabas con anhelo
 divirtiéndome,
 cuando puesto en mi regazo
 jugueteabas con mi pelo
 sonriendo?

Bálsamo de mis dolores,
 dulce afán de las albricias
 de mi alma;
 ¿dónde han ido tus amores?
 ¿dónde han ido tus caricias
 y mi calma?

Mi bien, mi prenda querida,
 ¿por qué á mis ayes aciagos

no respondes?

Va tu madre dolorida
en busca de tus halagos
¡y te escondes!!

Es forzoso que á la muerte
el ver la pasion más pura
no le cuadre;
¡no sabe lo que es quererte,
no comprende la dulzura
de ser madre!

Hijo mio, ¡cuánto peno!
calma por Dios mi pesar,
te lo ruega
la que te llevó en su seno,
la que por tí de llorar
está ciega.

¡Por piedad, por compasion!
vé que no puedo sufrir
tal tortura:

¡¡¡hijo de mi corazon!!!
vive, para concluir
mi amargura.

¡Ah! que rompió ya la muerte
el lazo que nos unia
á los dos:
¡hijo, ya no puedo verte,
alma de la vida mia,
¡¡¡hijo, adios!!!



SOBRE UNA TUMBA.

—

Madre, que habitas hoy con el Señor
las celestes mansiones eternas,
ya que la Parca nos robó tu amor
y solo nos legó días fatales,
mira, cuán traspasados de dolor,
llanto por tí derraman á raudales,
de tu olvidada tumba sobre el lodo,
los que, al perderte, lo perdieron todo.



A LA FÉ.

Sentado junto á una mesa,
con la cabeza inclinada
y con la frente apoyada
sobre la mano, era presa

De lo incierto del destino
un sábio, que sin creencia,
preguntaba á su conciencia:
¿de do vengo? ¿á do camino?

Pero su conciencia helada
calló; y el sábio sufría,
y su razon se perdía,
sabiendo no saber nada.

Desesperado, impaciente,
quiso el sábio en un momento
abandonar el asiento,
mas dijo una voz: «detente.»

El pobre sábio, aterrado,
alzó los ojos, por ver
quién aquel pudiera ser
á mandarle tan osado.

Y, confuso, se encontró
con una jóven doncella,
la más dulce y la más bella
que hasta entonces jamás vió.

Estaba en tierna actitud,
sus cabellos destrenzados,
y con los ojos vendados,
y en una mano una cruz.

—¿Quién eres tú, para que
seas mandatario mio?—

dijo el sábio en tono frio;
y ella respondió:—La Fé.

—Ni la quiero, ni tampoco
mi razon á ello se aviene.

—Pues por eso á tí se viene,
porque no te vuelvas loco.

—¿Me pretendes instruir?

—Pretendo hacerte saber
el por qué de tu nacer
y el por qué de tu morir.

—¡Loco empeño!—Tal vez no:
lo has preguntado á la ciencia,
y ni ella ni tu conciencia
te han contestado cual yo.

Sin mí, nadie hay que comprenda
cómo tú, siendo el primor
de la obra del Hacedor
corres tan amarga senda;

Pero lleva tu atencion
hácia el eden terrenal,
y el árbol, que fué fatal,
te dará la explicacion.

Sin mí, la dulce esperanza,
bálsamo del sufrimiento,
cual nube deshecha al viento,
se disipa sin tardanza.

Sin mí, no es posible que obre
esa tierna caridad,
amparo de la orfandad
y dulce sostén del pobre.

Sin mí, la vida, sembrada
de tanto y tanto dolor,
suele ser, cárcel de horror,
suele ser, carga pesada.

Sin mí, el cariño de esposa,
y el de madre, al tú espirar,

no sabrán atravesar
de tu sepulcro la losa.

Sin mí, sin la ayuda mia,
ni aun sociedad puede haber:
¿qué se vá en el mundo á hacer
si el hombre sólo en sí fia?

Tú contemplas con horror
que dejarás de existir;
mas, ¿qué te importa morir
si hay otra vida mejor?

A tal punto ella llegaba,
cuando el sábio, que la oyó,
sobre la mesa cayó,
y sollozando exclamaba:

—Bendita tú, mensajera,
sencilla y tierna mujer,
que al enseñarme á creer,
hallé la ciencia primera.

La Fé, con suave deslíz,
escapó en alas del viento;
y el sábio, desde el momento,
lloró, creyó y fué feliz.



Á LA ESPERANZA.

Diz que allá en lejana tierra,
donde del cedro el follaje
viste de verde ropaje
una peregrina sierra,

Dó la inmortal Jericó,
con su perfumada rosa,
embalsama vanidosa
la cuna que á Dios meció,

Hay un monte, y de su altura
mil arroyos bulliciosos,
en murmullos sonoros,
descienden á la llanura:

Y al correr leve pendiente,
piérdense sus aguas suaves,
escapando de las aves
que persiguen su corriente.

Y diz, que dó la colina
se atreve el cielo á tocar,
una mujer suele estar
que es del valle la heroina.

Sobre la roca sentada,
y envuelta en manto enlutado,
una áncora tiene al lado
aquella sombra velada;

Y su vista, con anhelo,
fija en una verde estrella

que colgada está sobre ella
en el puro azul del cielo.

Es general el creer
que el morar tales alturas,
es porque las desventuras
de la tierra gusta ver.

Ella al oír la tormenta,
que bramando en la alta mar,
con las naves al chocar
las sacude violenta,

Ve en suplicante ademán
al náufrago que la espera,
y entonces vuela ligera
y le arranca al huracán.

Ella al enfermo da aliento,
pintando días mejores,
que mitigan los dolores
y olvidan el sufrimiento.

Y cuando el ronco estertor
que sofoca al moribundo
quiere arrancarle del mundo
en el lecho del dolor,

Abrasada en pura llama,
que vivifica su pecho,
corre del mísero al lecho,
le muestra el cielo, y exclama:

«No llores mortal así;
porque si la muerte aviesa
hace de tí horrible presa,
la patria tuya está allí.»

Ella al mancebo valiente
en sus empresas anima:
Ella al tierno infante mima
con el placer inocente.

Ella á Colon alentó
cuando, á despecho del mar,

el mundo se fué á buscar
que España á otro mundo dió.

Ella al pobre misionero
visita en cárcel oscura:
Ella bélica bravura
infunde al audaz guerrero.

Ella no falta jamás
donde brota una querella:
vive... sin vivir para ella,
solo para los demás.

¡Ah! tú, mujer sin igual,
cuya generosa mano
vierte sobre el pecho humano
de consuelos un raudal;

Ya sé quién eres, á fé;
sé tu velada mansion;
sé en la tierra tu mision,
y de tu vida al por qué.

Sé que la estrella en bonanza
es María del Consuelo,
sé que el monte es el Carmelo,
y que tú eres la Esperanza.

No, no te alejes de nos:
quien no espera está espirando;
pero el que espera, esperando
canta la gloria de Dios.



Á LA CARIDAD.

En dulce sueño arrobado,
soñé que al rasgarse el tul
con que la noche el azul
del cielo tiene velado;

Cuando la aurora serena
asoma en montes vecinos,
cambiando rayos por trinos
con el mirlo y filomena;

El puro cielo se abría,
y allá de region umbrosa
una sombra misteriora
rápida á mí descendía.

Apenas la pude ver,
sorprendióme en gran manera
que la ráuda mensajera
fuese una bella mujer.

De hermosura sin igual,
sus ojos todo cariño,
tendia su diestra á un niño
aquel ser angelical;

Y con la otra blanca mano,
en tiernísimo ademan,
daba un pedazo de pan
á un desventurado anciano.

Saber quién era intenté,
tendió su mano hácia mí,
y... no sé lo que sentí,
sé solo que yo callé.

Recuerdo que sonreia;
que el infante la besaba,

que el pobre anciano lloraba,
y que yo mudo yacía.

Cautivado de esta escena
intenté volver á hablar,
y concluí por llorar
anegado en dulce pena.

Ella, viendo mi actitud,
me dijo con voz sonora:
«Bien haya todo el que llora,
porque llorar es virtud.

Esas lágrimas de amor
son cual perlas de rocío:
para Dios, flores de estio,
para el mundo, sin valor.

Con ellas riega afanoso
las semillas que ha de dar
frutos mil, con que aplacar
el hambre al menesteroso.

Son gérmenes productores,
que en la desgracia al caer,
hacen una flor nacer
que eclipsa á las demás flores.

Y si un dolor violento
agita tu corazon,
precioso bálsamo son
que mitiga el sufrimiento.»

Al decir tal, descendió
de nieve y oro una nube,
que envolviendo á la querube,
á mi vista la ocultó.

Quise seguirla, ¡locura!
preguntarla, mas fué en vano:
no era de origen humano
tanta virtud y hermosura.

Agitado el corazon,
conmovido desperté;

y la realidad palpé:
¡todo fué sueño, ilusion!

Todo fué sueño dorado,
fuego fátuo del momento,
que las ráfagas del viento
habian arrebatado.

Recordando el desvarío,
una tarde placentera,
paseaba yo la ribera
de un manso y oculto río;

Cuando absorto pude ver
en la rústica pendiente,
tocando ya la corriente
y en peligro de caer,

A un niño desamparado
y por el frío aterido,
llamando en triste quejido
á su padre desalmado.

Robarle al río cruel
quise, mas de la espesura
salió una hermosa figura
que dijo: «velo por él.»

Era una piadosa hermana
de Caridad: se acercó
y al pobre niño abrazó
con una efusion cristiana.

Llegué hasta ella con empeño,
más retrocedí al creer
en aquella monja ver
á la vision de mi ensueño.

Miro, su faz escudriño,
y mi mente al fin se abisma:
la mujer era la misma,
y el mismo tambien el niño.

Quedéme yo absorto y fijo,
ella al infante recoje,

bajo su manto le acoje,
y al irse, volvió y me dijo:

«Con impaciente ansiedad,
del ensueño en la ceguera,
quisiste saber quién era:
me llamo La Caridad.

Marcha en incansable afán
por mi camino, que es llano;
nunca pida el hombre en vano
al hombre un poco de pan.»

Dijo, y desapareció,
sembrando en mí tal consuelo,
que humilde bendigo al cielo
por el sueño que me dió.



FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD.

¿Quién dá luz al que no vé?

Fé.

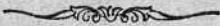
¿Y en los dolores templanza?

Esperanza.

¿Y amparo en la adversidad?

Caridad.

Toda la felicidad
que hallar se puede en la tierra,
en esta frase se encierra:
Fé, Esperanza y Caridad.



A MARÍA EN EL CARMELO.

Santa Madre de Dios, desde que viniste
tus plantas á posar sobre el Carmelo,
el pobre monte, enamorado y triste,
no hace más que mirar al puro cielo;

Y preguntar al astro rutilante
y á la tranquila luna anacarada,
si te han visto pasar; mas va un instante,
y mudos siguen; y él llora á su amada.

Y los arroyos, que en confuso coro
salpican perlas á la verde mata,
tal quedaron, al ver tus trenzas de oro,
que sus cristales se tornaron plata.

Y el cedro de follaje engalanado,
que rico adorno sin rival lucia,
sintióse á tu presencia tan turbado
que su verdor marchito se caia.

Y es que el cedro, los rios y la sierra
de sí se olvidan al oir tu nombre;
sin ver, que si bajastes á la tierra,
tan solo fué por la salud del hombre.

Del hombre niño que te llama madre:
del hombre adulto que te dice amada;
y anciano, al ver que su sepulcro se abre,
te nombra, entre sollozos, su abogada.

Que el corazon, á quien abruma el peso
de la desgracia, tu dulzura inflama,
y aunque pueda escapar, se da por preso:
¡es tan grato abrasarse en esa llama!

¡En tal modo cautívame el suspiro
tuyo, cuando desciende á mí ligero,

que cuanto más te quiero más te miro,
y cuanto más te miro más te quiero!

Te quiero, Madre, porque el alma mia
tener no puede sin tu amor aliento,
y si á olvidarte se atreviera un dia
fuera el primero de fatal tormento.

¡Ah! sí, que el mundo en su engañosa maña
regala amor, cuando interés espera,
y al acabarse el interés, con saña
arranca presto el galardón que diera.

Pero tu amor, María, es pura llama
que siempre alumbra á quien, á tí postrado,
lágrima ardiente ante tu altar derrama,
porque su bien le arrebató el pecado.

Tu amor, que cantos de entusiasmo inspira
á quien al Cármen llega con anhelo,
y que hizo que Bernardo con su lira
la gloria escale con potente vuelo;

Él á la mente dió versos gallardos,
dejando en ellos su virtud impresa,
cuando, corriendo de diamante en dardos,
el pecho pasa de la gran Teresa,

Que abrasado del fuego que sentia,
pero en vida mortal aun prisionero,
á vuestro hijo anhelante repetia:
«que yo muero, Señor, porque no muero.»

Si á mi alma, tan pobre para amarte,
y que, aunque pobre, te idolatra tanto,
le falta inspiracion para cantarte,
amor no falta en su sencillo canto.

Yo, Madre mia, en pago de quererte,
tu proteccion imploro en este suelo;
y contigo, del lecho de la muerte,
cruzando mundos llegaré hasta el cielo.

AL CATOLICISMO.



Ciega y sin norte, con delirio insano
loca la tierra su embriaguez movia
hácia la orgía, que veneno impuro
solo la daba.

Dioses sin cuento en el altar mentido
mudos callaban de virtud el nombre,
y ávido el hombre de gustar verdades
dudas gemia,

Cuando rompiendo la tenaz cadena,
que esclava hacía á la gentil escoria,
lleno de gloria ante los mundos todos
tú apareciste,

Y á tu presencia el universo tiembla,
y se arrodillan ante tí los reyes,
al ver tus leyes, que de amor henchidas
todo lo invaden;

Y las pasiones á los antros huyen,
y á tus conquistas la venganza juran,
mas ¿qué te apuran sus mezquinas tramas
si tú las vences?

Nadie en el mundo hasta tu imperio santo
dijo á los pueblos con acento amigo:
«al enemigo, que tu bien arranca,
se le perdona.»

Nadie á los hombres como tú les dijo:
«esas mujeres, que tu génio rudo
ata con nudo, que feroz sujeta
sus corazones,

Nunca debieron de brutal lascivia
verse en el mundo tristes prisioneras;

son compañeras, que la vida tuya
dulces encantan.»

Nadie á los pueblos cual tu voz anuncia
«reyes y pobres de callosas manos
todos hermanos, que la tumba fria
nada distingue.»

Grita el pagano del destino incierto
«¡goces confundan la mentida ciencia!»
Tú: «penitencia, que el dolor mitiga»
cantas en contra.

Y aunque tus leyes el placer condenan,
y tu mandato el sacrificio importe
de Sur á Norte y del Ocaso á Oriente
pueblos dominas.

Y es que naciste en el empíreo agosto,
y el Dios, que crea de la nada el Cielo,
en este suelo para bien del Orbe
puso tu trono.

Á LA CRUZ ROJA.

Cuando el hombre en su ceguera
Marcha con delirio insano,
No acordándose siquiera
Que el hombre es del hombre hermano;

Cuando el plomo asolador
hiende el aire, y sus silbidos,
cual preludio aterrador,
destrozan nuestros oídos;

Cuando la helada guadaña
de la muerte, harto escondida,

en su fatídica saña
corta el hilo de la vida;

Allá en Gólgota, del suelo
sobre torrentes de luz
pausada se eleva al cielo
una misteriosa cruz,

De estrellas una diadema
realza su claridad,
y hay con letras de oro un lema
que dice: «Amor, Caridad»...

Este signo sacrosanto,
á quien tal símbolo viste,
hoy preside luto y llanto
y está muy triste, muy triste.

Alumbra á la buena mano
que dá bálsamo al herido,
á quien el plomo atrevido
quitar la vida osó en vano:

Alumbra al buen misionero
que consuela al moribundo,
que al tocar su fin postrero,
va de este mundo á otro mundo:

Alumbra al que enjuga al lado
de la madre la afliccion,
á quien la Parca ha robado
un trozo de corazon:

Alumbra su luz medrosa
al que pretenda afanoso
calmar á la pobre esposa
que llora á su pobre esposo:

Alumbra al caritativo
que endulzar procura ufano,
con precioso lenitivo,
al que ha perdido á su hermano:

Alumbra la hermosa huella
que en el suelo vacilante

deja la pura doncella
que en vano busca á su amante.

Donde la desgracia oprime
allá llega su virtud;
donde una doncella gime
allá está la santa cruz.

¿Cómo yo no he de admirarte
al entrar en tu santuario?
¿Cómo yo no he de cantarte
si brotaste en el Calvario?

¡Oh símbolo de consuelo!
¡oh emblema de fiel ternura!
ya que procedes del cielo
pon fin á nuestra amargura.

Tú, que feliz recogiste
del Dios-hombre la agonía,
danos paz, porque ya triste
no llora la pátria mia.

Á S. M. EL REY ALFONSO XII.

Salve, jóven Monarca, que mecido
en triste cuna de dolor y llanto,
el pueblo, que al marchar, te envió un quejido,
hoy te saluda con sentido canto:
y al mirarte en el trono ya subido,
cuya grandeza al mundo causó espanto,
te pide, recordándote su gloria,
una página más para su historia.

Ávila la Leal, que muestra ufana
de los Alfonsos Madre el gran dictado,
al verte entre sus muros hoy, se afana,
aclamándote Alfonso el Deseado.
La pátria de Teresa se engalana

y jura, que si el mundo ya pasado
por baluarte de Alfonsos la conoce,
el baluarte será de Alfonso doce.

Enero del 75.



Á S. M. EL REY ALFONSO XII.

Cuando del trono el escabel subiste,
cual noble corazon ajeno á saña,
y de Teresa á la Ciudad viniste
entre el fragor aún de la campaña;
mi débil lira, con acento triste,
en tierno canto te decia: «España
te pide, recordándote su gloria,
una página más para su historia.»

Hoy su leal deseo vé cumplido,
que á la historia del Cid y San Fernando

una página más has añadido
 al derrotar al enemigo bando,
 y al arrancarle allí... dó el estampido
 del cañon á la muerte iba llamando,
 el verde ramo de apacible oliva
 para el pueblo, que en tí su bien estriba.

Viste á sus hijos con fatal ceguera
 su noble sangre derramar en vano;
 y la nacion, que al mundo leyes diera,
 hacerse esclava por su propia mano;
 y viste, en la que siempre honrada fuera,
 á un hermano luchar con otro hermano,
 y dijiste en lo rudo del combate:
 «¿por qué español contra español se bate?»

Y al oírte, la ruda valentía
 de tus rivales doblégó la frente,
 á tus piés arrojando el arma impía;
 la dulce voz de ¡Paz! doquier se siente;
 la sangre de los héroes de Pavía
 circula en unos y otros igualmente;

ansiosos abren sus guerreros brazos
y para siempre estréchanse sus lazos.

Te he visto en la pelea valeroso
venciendo de la guerra los azares;
te he visto en la victoria generoso
no menos que sufrido en los pesares;
te he visto, como padre cariñoso,
los hijos devolver á sus hogares
para que enjuguen de su madre el llanto,
y con orgullo de español te canto.

Orgullo, sí; porque á la gente hispana
orgullo inspira la inmortal nobleza,
y aun más orgullo á la ciudad, que ufana
guardó de los Alfonsos la grandeza;
y hoy, viendo que de tí su dicha emana,
alzando con orgullo su cabeza,
te pregoná á la faz del mundo entero
de todos los Alfonsos, el primero.

Mas ¡ay! que España todavía gime,
fijos sus ojos con amarga pena

en el cubano, que la espada esgrime
de muerte, destruccion y sangre llena:
mas el pesar, que el corazon oprime,
tu hidalga valentía lo enajena,
mirando que, ante solo tu heroismo,
se hunde la insurreccion en el abismo.

Y este pueblo, coloso sin segundo,
que fué su trono la terrestre esfera,
que por confines tuvo los del mundo,
y como en él su gloria no cupiera
otro nuevo arrancó del mar profundo,
al Orbe le dirá qué es lo que era,
y que si estuvo postergado un dia
fué porque se olvidó de su valía.

Que al fin, de su letargo se levanta,
y con su Alfonso XII á la cabeza,
á gigantescos pasos adelanta
por recobrar su histórica grandeza:
y como la discordia no quebranta
el gérmen de su innata fortaleza,

de este pueblo español, hoy olvidado,
será el futuro lo que fué el pasado.

Gloria al Monarca, que feliz reposo
para la Hesperia conquistó este día:
gloria al nuevo Pelayo, que animoso
encumbrará la noble patria mia:
gloria al soldado, que plantó brioso
palma apacible dó la guerra ardia:
gloria al pueblo español, que con paz santa
ante la faz del mundo se levanta!

Marzo del 76.



A LA PAZ.

—

Ya del ronco cañon, el estampido
La soledad no turba en las montañas,
Ni de las madres volará el gemido
El pedazo á buscar de sus entrañas:

Ya el soldado descansa, adormecido
En el verde laurel de sus hazañas,
Que las nubes se rasgan hoy del cielo
Y la Paz celestial descende al suelo.

¡Bendita Paz! tu nombre sacrosanto,
Pronunciado por Dios acá en la tierra,
Enjuga dulce de la madre el llanto
Y de la pátria las heridas cierra.

Tu sacra unción nos dá consuelo santo
Al terminar la fraticida guerra,
Diciendo á los que vienen á las manos:
«Nunca habeis de olvidar que sois hermanos.»

Ya no más sangre, que, encendida, riegue
Del pátrio suelo la campiña hermosa;
No más la Parca nuestras vidas siegue
Sepultando el valor en pobre fosa;
Que tu santa ambrosía nos anegue,
Y mi pátria será siempre dichosa;
Pues Dios, desde su trono complacido,
Bendecirá á este pueblo harto abatido.

Salud, jóven Monarca, que valiente
De juvenil ardor bélico lleno,
De invencibles ejércitos al frente
Cruzaste entre enemigos el terreno;
Y al oír del cañon el estridente
Rugido, has contestado tú sereno:
«No más guerra, no más: luzca la calma,
¡Os brindo con la Paz, hijos del alma!»

Y este grito de amor, que despreciado
 En un principio fué por la quimera,
 Al empuje brioso del soldado
 Sublime se levanta por do quiera;
 Y hace que el pueblo hispano, entusiasmado,
 Al ver lucir de bienandanza su era,
 Dé un «viva» ardiente en entusiasta goce
 Al Pacificador Alfonso Doce.



LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA.



Noble, tranquila, de ventura llena,
 de lauro apresa, que doquier ceñía,
 sueños dormía sin recelo alguno
 grande la España;

Y aunque contempla que el francés gigante
huestes empuja que doquiera tocan,
pueblos derrocan, en su noble calma
nada la turba;

Cuando ambicioso Napoleon se crece;
mira á la Hesperia, y en rasgar su historia
cifra su gloria, y de su rumbo el norte
á ella dirige;

Brinda amistades; la española gente
noble permite que extranjera espada
todo lo invada, y el francés altivo
rey se pregona.

Suelta la infamia su tupido velo;
vá el leon hispano su prision sintiendo,
y sacudiendo sus melenas rojas
lanza un rugido,

que en son de lucha por los valles corre,
fiero, gritando á los hispanos: «¡guerra!»

y el vil se aterra, y la nacion de Cides
reta al tirano:

Y Francia opone á las informes masas
ferradas huestes con mentido alarde,
mas un Velarde con brioso empuje
hiere su pecho;

Y suena el tiro, y el cañon retumba,
brilla el acero, y el turbion aumenta
y en lid sangrienta el infernal coloso
siente ya miedo.

Que ancianos, niños y mujeres, todos
arremetiendo con feroz pujanza
gritan: «¡venganza! ¡que el extraño yugo
caiga al abismo!»

Tiembla el rival ante valor tan noble,
y huye aterrado en su traicion cobarde;
pero es ya tarde, que el leon ibero
lo sigue á saltos,

Llega, se lanza y sobre el galo ruge,
potentes garras en su sien clavando,
despedazando cuanto se le opone,
ciego de ira.

Y brotan rios, que de sangre roja
riegan la tierra, que por todos lados
miembros trinchados, destruccion y luto
solo sustenta.

Y á los escasos, que al Pirene llegan,
porque aterrada su nacion acoja,
la España arroja, porque ni uno solo
queda en su suelo.

Y el pueblo loco, de coraje benchido,
pisando muertos, á la Francia asoma,
y la que doma desde polo á polo
muda se esconde.

Mas luego mira que el francés tirano
su frente humilla en ademan medroso,

y generoso cual valiente fuera
vuelve á su pátria;

Y con la sangre del traidor escribe:
Francia, orgullosa de rasgar naciones,
á estas regiones intentó llegarse
y halló su tumba.



AL ADAJA.

—

Cuando sentado á la orilla
de tus aguas, te contemplo
escapando silencioso
entre el tomillo y romero;
cuando en tus giros sin orden
acá y acullá te veo,

dando impulso á las Aceñas
á las arboledas fresco,
y á nuestras viejas murallas
en limpio cristal espejo;
clavando ansioso mi vista,
Adaja, en tu curso lento,
se levantan en mi mente
tristes, muy tristes recuerdos.
Dime, río, ¿no es verdad,
que allá en los remotos tiempos,
al lamer tus mansas aguas
las murallas de este pueblo,
altivo alzabas tu frente
por saludar su apogeo?
¿No es verdad que tus orillas
dieron albergue modesto
al gran Segundo, que izando
el estandarte del Cielo,
llevó hasta el pié del Calvario
la Avila de los Pompeyos?
¿No es verdad que en tus cristales
bebieron vida y aliento

Vicente y sus dos hermanas
para volar de tí al cielo?
¿No es verdad que en una noche
la dama de los sombreros,
la incomparable Jimena,
te mandó cerrar el cerco
de las murallas, porque
de Mahoma los guerreros
no manchasen con su planta
los laureles de este suelo?
¿No es verdad que por tu orilla
á las Hervencias corrieron,
en alas de su valor,
los sesenta caballeros,
á los que Alfonso el perjuró
alzó en su traición un templo?
¿No es verdad que tú orgulloso
viste marchar á Jimeno,
á lavar con noble sangre
de aquel Alfonso los hechos?
¿No es verdad que sonrojado
contemplaste los denuestos

de la escena escandalosa,
con que unos nobles soberbios,
del Rey Enrique el imbécil
con el trono en tierra dieron?
¿No es verdad que de tu orilla
llegaron hasta el Eterno
los que infames profanaron
al par la inocencia y templo
de La-Guardia? ¿No es verdad,
que de tu murmullo al eco,
concibió Isabel primera
atrevidos pensamientos?
¿No es verdad que el gran Tostado,
de tus riberas al fresco,
hizo brotar rayos de oro
con que alumbró al Universo;
Y Teresa, aquella virgen,
tan superior á su tiempo,
cantó su amor abrasado
al dulce acompañamiento
de tu arrullo deleitoso?
¡Ah, sí: todo, todo es cierto!

Por eso yó á tus orillas,
Adaja, gozo y padezco;
y al contemplar que tranquilo
presenciaste tantos hechos,
no me extraña ya que calles,
no me choca tu silencio.
Los unos, de su grandeza
te dejan solo el recuerdo;
los otros, de su soberbia
ominoso y triste sello;
por eso á la par, Adaja,
te envidio y te compadezco.
No gimas, no: con tus aguas
borra los tristes sucesos,
y dé tu cristal imágen
á las glorias de este pueblo.
No gimas, no; que á tus ondas
dan, con amoroso empeño,
los árboles fresco umbroso,
las flores aromas tiernos,
las arenas suave cauce,
dulce canto los gilgueros,

los arroyos su tributo
y la brisa leves besos.
Sigue tranquilo tu curso
dando vida y trage al suelo,
pues ya que tanto él te mima
justo es que le prestes riego.
Y yo, á quien no es posible
darte lo que te dan ellos,
de mi pobre, humilde lira,
te doy los humildes ecos;
te doy toda mi ilusion,
y te doy mi pensamiento,
que mecido en tu corriente,
se atreve á estender su vuelo,
por decirte que á tu orilla
con tu dolor me entristezco,
con tus alegrías gozo,
con tu corriente me pierdo:
y allá, cuando tu gemido
repita constante el eco,
repitiendo al par el mio,
los valles y los oteros

dirán, oh río, á tu orilla
con tu dolor me entristezco,
con tus alegrías gozo,
con tu corriente me pierdo.



A AVILA.



SONETO.

Avila, pueblo insigne, do nacieron
Santos que te enaltecen con su gloria,
Y esforzados guerreros, que tu historia
Con indelebles signos escribieron;
Ciudad, cuyas murallas defendieron
Bellas damas, que en noche perentoria,
De Abdalla al destrozar la vanagloria,

Con su valor los mundos aturdieron;
Cuando altivo tus hechos yo repaso,
Tu historia cual ninguna me embelesa,
Al ver, que si otros pueblos, por acaso,
Tus laureles disputan, con sorpresa
Tú les puedes decir: «Abridme paso,
Que en mi suelo nació la gran Teresa.»



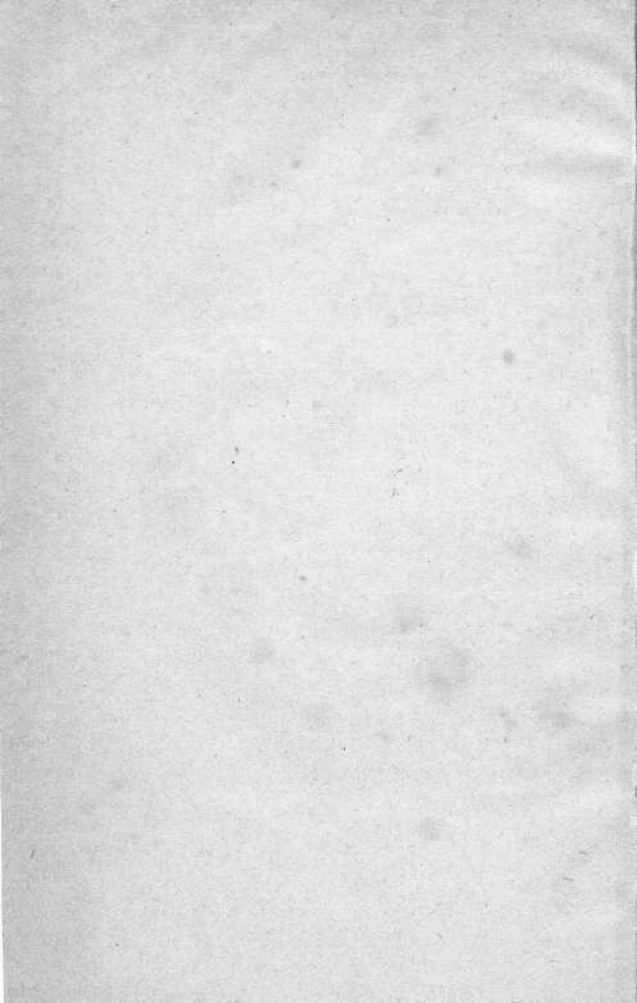
ÍNDICE.

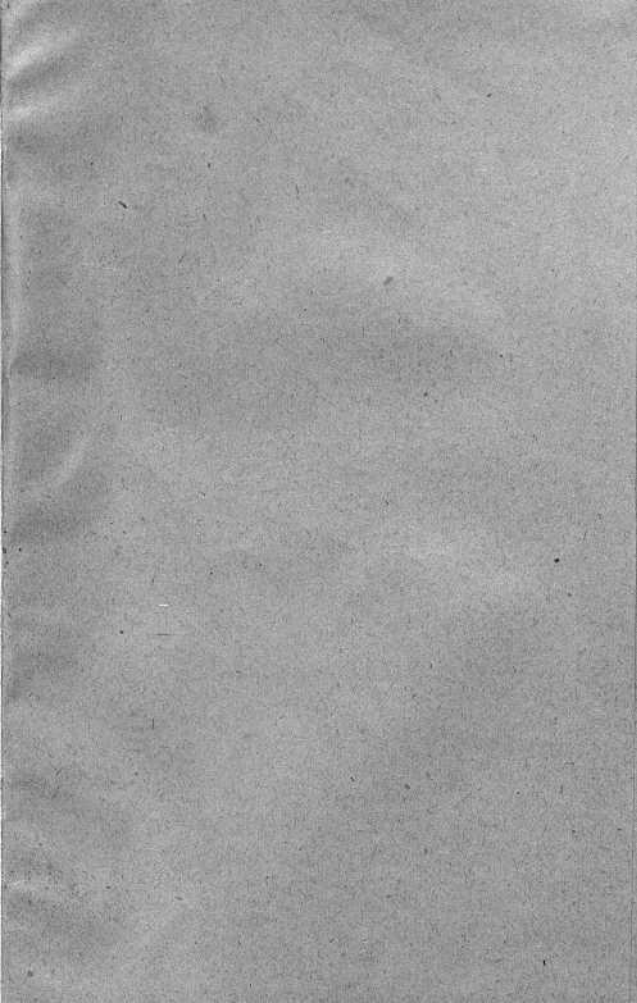
—

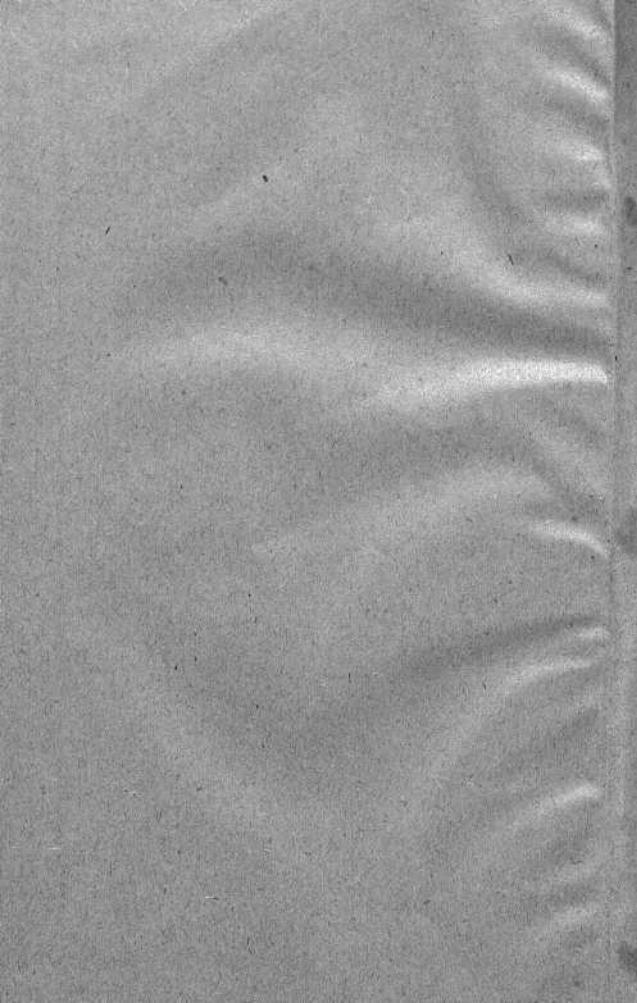
	<u>Páginas.</u>
Dedicatoria.....	3
Prólogo.....	5
Invocacion á Santa Teresa.....	7
En el cementerio.....	10
La vida.....	14
Nieve y Ventura.....	16
A mi querido amigo D. Leoncio Cid....	18
Inocencia y desengaño.....	23
Pensamientos.....	27
Epigramas.....	29
Epitafios.....	30
Dolora.....	32
Letrilla.....	33
Al rui señor.....	36
La cita.....	38
Las campanas.....	42
A mi casa natal.....	45
A la luna.....	48

Amor de madre.....	53
¡Hijo, adios!.....	56
Sobre una tumba.....	60
A la Fé.....	61
A la Esperanza.....	66
A la Caridad.....	72
Fé, Esperanza y Caridad.....	79
A María en el Carmelo.....	80
Al Catolicismo.....	84
A la Cruz roja.....	87
A S. M. el Rey D. Alfonso XII.....	91
A S. M. el Rey D. Alfonso XII.....	92
A la Paz.....	97
La Independencia española.....	99
Al Adaja.....	103
A Avila (soneto).....	109









MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

SECCIÓN IV

Libros en los que se alude a Santa Teresa de Jesús,
citando textos relativos a sus Obras o a su Historia.

Número.....	2278	Precio de la obra.....	Ptas.
Estante.....	117	Precio de adquisición. »	
Tabla.....	6	Valoración actual..... »	

2

